

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XVIII

Diciembre de 1941

Núm. 198

Puntos de vista

<https://doi.org/10.29393/At198-11ARA10001>

El ideal de América

EL año que termina ha encontrado firmes a las democracias en su defensa de la libertad. No ha sido posible quebrantar la fe de quienes han tomado sobre sus hombros la tarea de oponerse a la destrucción y al vasallaje que; despóticamente, querían imponer los regímenes totalitarios sobre el mundo. Europa vive aún, y vivirá quizá por cuánto tiempo, los días más amargos de su historia. Pero no es menos inquietante para América, la perspectiva que se ofrece en su porvenir. La guerra se acerca con celeridad a sus costas. La actitud del Imperio nipón, dando su golpe artero en momentos en que sus embajadores trataban con el Gobierno de Estados Unidos las posibilidades de un rompimiento de relaciones, es quizá uno de los actos más sombríos de la historia universal en este último cuarto de siglo. Sorprendidas las guarniciones norteamericanas en sus bases navales, fueron destruídos muchos de los mejores elementos de combate. Pero si es cierto que el Japón logró una victoria momentánea de fuerza, perdió, en cambio, ante el concepto del mundo en moralidad internacional.

La guerra está, pues, en aguas del Pacífico. Es decir, se ha cumplido el vaticinio que muchos observadores venían haciendo acerca de la probabilidad de que todo el continente americano se viera envuelto en la llamarada que los totalitarios han encendido en algunos anchos sectores del planeta. Apresuradamente, las can-

cillerías de Hispanoamérica han concertado reuniones con la cancillería de Norte América, a fin de estudiar los medios más eficaces y más seguros de defensa del continente amenazado. No es posible fiar mucho en las declaraciones de los países totalitarios, pues se ha visto con la experiencia lamentable de los últimos acontecimientos, que ninguna declaración es sostenida en su esencia. Cuando es preciso proceder, se procede sin más trámites. Y no existe derecho alguno internacional, público o privado, que pueda resistir al empuje avasallador de los que quieren dominar. Los pueblos débiles, como lo son en su mayoría los pueblos de Hispanoamérica, en cuanto se refiere a sus mecanismos de defensa, no tienen otro camino que la unión férrea, sobre una política categórica de solidaridad continental. La violencia ejercitada por uno, daña por igual a todos los demás pueblos. Esta es la razón más poderosa que asiste a quienes han propiciado una reunión de cancilleres en momentos en que la democracia, como doctrina y como forma de gobierno, se encuentra en peligro de ser batida y quebrantada.

Los países de este continente tienen todas las tradiciones que respetar y están unidos a través de guerras difíciles, por la victoria sobre la tiranía o el despotismo. Si nacieron a la vida independiente con la consigna de la libertad y establecieron sus bases de trabajo y de progreso sobre ideales republicanos, es justo que ellos sean defendidos y mantenidos, porque son los únicos que pueden permitir una existencia digna y un desarrollo armónico de la personalidad humana. La libertad es el patrimonio más noble del hombre americano. Mantenerlo es la misión suprema de estos pueblos, que en cien años de vida libre jamás han soportado tiranías de ninguna especie. Las que lograron, en ciertas épocas de su historia, encimarse en el gobierno del país, pronto fueron abatidas. Excepción son los países que soportaron por muchos años a los déspotas ignorantes y a los tiranos corrompidos.

Esta tradición americana es la que hará que los pueblos todos se mantengan unidos contra las amenazas totalitarias. Si las

quintas columnas y aun los criollos fascistizantes aspiran a un cambio de régimen, simulando un pretendido amor al orden, que casi siempre se convierte en despotismo, ellos encontrarán siempre firmes y seguros en la defensa democrática a la opinión entera de estos países. América, que no posee la multiplicidad de las armas, posee en cambio algo más fuerte y más diamantino: la fe en la grandeza del ideal republicano.